

De sus pasiones vulgares.  
 Honra a cubierto no hubo  
 Ni hacienda o virtud que alcancen  
 De su codicia o torpeza  
 Con buena estrella a librarse.—  
 No de otro modo sin freno  
 Corriendo el potro salvaje  
 Malogra en las rubias mieses  
 Del labrador los afanes;  
 Enturbia del manso río  
 Los transparentes cristales;  
 Huella y destroza las flores  
 Más exquisitas del valle.

Si aquesto debió Topiltzin  
 A cuanto mira delante  
 En palacio en su familia  
 Y afuera en todas las clases,  
 Déj estas imitan luego  
 En proporciones más grandes  
 La corrupción de que al cabo  
 El reino entero hace alarde.  
 Ni asilo contra ella fueron  
 Los venerados teocalis  
 Donde el fuego apagar dejan  
 De su pudor las vestales.  
 ¡Oh ceguedad inaudita!  
 Pueblo infeliz, rey infame  
 Que así corréis al abismo  
 Abierto a vuestras maldades

El corazón de Topiltzin  
 Disgusto mortal invade,  
 Y distracción halla sólo  
 En sus jardines y parques.  
 En ellos, cabe una fuente  
 Cuyo murmurio le place,  
 Quedó un día, si dormido  
 O si despierto, no sabe.  
 A su intermediación, del bosque  
 Llega en giros espirales  
 Sobre las alas del viento  
 Y con las suyas de esmalte,  
 Buscando las florecillas  
 Que guardan miel en el cáliz,  
 Bello colibrí, del iris  
 En sus colores imagen;  
 Pero mostrando espolones  
 Que en él hasta allí vió nadie.  
 Consigo mismo irritado,  
 Pues piensa en aquel instante  
 Que su loca fantasía  
 Engendra caprichos tales,  
 Cierra sus ojos el rey,  
 O bien los lleva a otra parte  
 A la sazón que se allega  
 Del limpio caño á la margen  
 Con grandes astas de ciervo  
 Liebre espantadiza y ágil;  
 Y que del bosque a la entrada,  
 Con blancas ropas talaes,

Se le aparece la sombra  
Del astrólogo Huemantzin.

Privóse el rey de sentido,  
Sin que al recobrarlo aclare  
Si fueron estas visiones  
Hijas del sueño o reales.

## IV.

El hambre y la peste.—Quauhtli y Maxtlatin se rebelan.

En Tula por entonces de las aguas  
Regía la estación:  
Sin tregua en el espacio de cien días  
Con sus noches llovió.

Tempestad y huracanes y granizo  
Crecido y destructor,  
A la lluvia tenaz su horrible furia  
Mezclan en confusión.

Todo anegado fué, menos las cumbres  
Que el pueblo coronó,  
Arboles y animales flotar viendo  
Desde allí con pavor.

Dique a sus cataratas pone el cielo  
Al cabo, y el crespón  
De las espesas nubes se desgarran  
Y limpio brilla el sol.

Cuando la tierra en sus profundos senos  
Las aguas absorvió,  
Se hallaron sin hogar ni sementeras  
Magnate y labrador.

Éste en vano en las húmedas montañas  
Sulcos sin dilación  
Apresta del maíz al amarillo  
Grano que preservó.

Cual si hubiese agotado los tesoros  
De ríos y vapor,  
De sus lluvias el cielo más de un año  
Niega a la tierra el don.

Suele oírse del trueno allá a lo lejos  
La retumbante voz,  
Y a esperar el chubasco alegres suben  
Las gentes al peñol;

Mas la nube se aleja y, si de día  
Insólito calor  
Reina, noche con noche sus escarchas  
Esparce el aquilón.

Secas las fuentes y la mies sin jugo  
 Y el árbol sin verdor  
 Quedan, y emigran a remotos campos  
 El águila y coyotl.

En vano el pueblo en numerosos grupos,  
 De víveres en pos,  
 En los semblantes retratada el hambre,  
 Acude a su señor.

¿Qué puede el rey más alto de la tierra  
 Hacer por su nación  
 Si ésta las plagas sufre que la envía  
 La cólera de Dios?

Del trono mismo al pie la débil madre  
 El cándido licor  
 De sus pechos al niño dar no pudo  
 Que en ellos expiró.

Tras el hambre, la peste las ciudades  
 Convierte en panteón.  
 ¡Cuán pocas vidas en el reino deja  
 Su infatigable hoz!

¡Dichosos ¡ay! los que murieron antes  
 De estos días de horror  
 En que se pega al paladar la lengua  
 Y estalla el corazón!

.....

Contra el rey, sus torpezas señalando,  
 Su irreligión y horrible tiranía  
 Cual causa de los males que sufría  
 El pueblo, alzóse grito general.  
 Y Maxtlatin y Quauhtli, que se han visto  
 Casi arrojados con baldón del trono,  
 Salen de Tula huyendo del encono  
 De su enemigo y de la peste al par.

A Xalisco sus pasos enderezan  
 Y en armas, al llegar, ponen su gente:  
 Unen a sus dominios prontamente  
 Varias provincias que de Tula son.  
 De guerra el grito resonó en los campos,  
 Y al arder las fogatas en la cumbre,  
 De escuálidos labriegos muchedumbre  
 Cerca de los rebeldes el pendón.

Topiltzin se acobarda, conociendo  
 Que le será funesta la pelea;  
 Pero con rico don se lisonjea  
 De mantener la necesaria paz.  
 Y, por esfera una esmeralda enorme  
 Y la mesa y pared de oro macizo,  
 Un juego de balón al punto hizo  
 A sus diestros artífices labrar.

Con máquinas y mozos a millares  
 Cuando acabada fué tal maravilla  
 La envía a sus contrarios, y se humilla

El rey hasta pedirles su amistad.  
 «¿A qué a Tula venís si larga seca  
 Y el hambre y pestilencia asoladora  
 Tienen mi reino convertido agora  
 En asiento de muerte y soledad?»

Aquesta arenga al emisario enseña;  
 Mas, del regalo viendo la valía  
 Y el miedo femenil de quien lo envía,  
 La audacia del rebelde se aumentó.  
 Jamás el oro la codicia apaga,  
 Y antes bien la estimula y acrecienta;  
 Ni la desdicha ni el peligro ahuyenta  
 Quien acercarse viéndolos tembló.

Sin don alguno y con respuesta ambigua  
 A la corte regresa el emisario:  
 De Tula a poco el llano solitario  
 Vió al enemigo ejército llegar.  
 Y aunque éste, con salvajes alaridos  
 Que amedrentada la ciudad escucha,  
 A todo morador provoca a lucha,  
 El débil rey le recibió de paz.

Plazo pidió para medir sus armas  
 Con aquella irritada muchedumbre,  
 Y se le concedió, por ser costumbre  
 De improviso jamás acometer.  
 Y hacia Xalisco Quauhtli con su gente  
 La vuelta al punto da, pues allí en vano

Buscara de maíz un solo grano  
 Y fuente o pozo en que abreviar la sed.

Así del mar las encrespadas olas  
 Su límite al besar playas adentro,  
 Vuelven con rapidez al hondo centro  
 Cuyos negros abismos nadie vió;  
 Mas, al influjo de los astros, tornan  
 A invadir la ribera al otro día.—  
 Se han de llevar el cetro y monarquía  
 Cual la olvidada red de un pescador.

## V.

Topiltzin organiza su ejército.

El plazo concedido al rey de Tula  
 Fué, según averiguo, de diez años,  
 Y la ruda invasión de los rebeldes  
 Causó de pronto en él plausible cambio.

El golpe de la afrenta que recibe  
 A despertarle fué de su letargo,  
 Y, conjurar queriendo los peligros,  
 Al ocio y los placeres dió de mano.

Y no bien de sus tierras asoladas  
 Aléjase el ejército contrario

Cual nube espesa de langosta en busca  
De más fértil región y nuevos pastos;

Celoso de su reino y honra propia,  
En la aplazada lid para salvarlos  
Se apareja con sabias providencias  
Y promulga decretos acertados.

De la ajustada tregua al pueblo impone  
Y habilita a los pobres de su erario  
Porque sesenta lunas de seguida  
Labren todos la tierra sin descanso.

Cedióles la mitad de las cosechas  
Y con el resto dellas hizo abasto  
Para dar a sus tropas en los días  
De la lucha el sustento necesario.

Y cuando vió provistos sus graneros  
Y nueva mies en los alegres campos,  
Y de tal bien al favorable influjo  
Robustos y animosos sus vasallos;

Les llama el rey sin distinción de sexo  
Y les hace labrar flexibles arcos,  
La fuerte clava y lanza cimbradora,  
El ancho escudo y penetrante dardo.

Acopiadas las armas, al servicio  
Todo varón en Tula es convocado,

Y en el hogar se quedan solamente  
Los enfermos, los niños, los ancianos.

De flecheros y honderos el monarca  
Forma y adiestra numerosos cuadros;  
Manda alzar parapetos y trincheras  
Y él mismo en la labor pone la mano.

De los rebeldes con la inmensa hueste  
Al acercarse el término del plazo,  
En dos cuerpos su ejército divide  
Y da a Huehuetnucatl del uno el mando.

Le hace avanzar con él hasta Tlahuica  
A que dispute al invasor el paso,  
Y con los nobles y el segundo cuerpo  
El rey en Toltitlán queda a esperarlo.

Al aspecto marcial de las legiones  
Renacer en su pecho el entusiasmo  
Sintió Tecpancaltzin, que las arenga  
Con débil voz, en Xóchitl apoyado.

Nuevo brío a la flor de los guerreros  
Con saludo gentil y gesto blando  
Infunde la arrogante favorita,  
De belleza sin par, sol sin ocaso.

De vencer ó morir el noble intento  
Abrigan en común pechos bizarros,